

---

---

## Las incógnitas del nuevo orden internacional

LA IDEA DE UN NUEVO ORDEN internacional no es precisamente nueva: el mismo George Bush recordó, en su discurso al Congreso del 6 de marzo de 1991 sobre la derrota de Irak, que "por segunda vez en este siglo la esperanza de una paz duradera procede de los horrores de la guerra", asegurando que a la tercera iría la vencida: "Ahora podemos ver a un nuevo mundo tomar forma bajo nuestros ojos".

¿Qué mundo? Evidentemente, aquel "en el que el imperio de la ley sustituya a la ley de la selva", del que ya habló, también en el Congreso, en septiembre de 1990. Esto es exactamente lo que pretendían las dos tentativas fallidas que mencionó sin nombrar a sus autores, los presidentes Wilson y Franklin Roosevelt.

El primero, confiado en la bondad natural de las naciones, quiso unir las en una sociedad en la que cada una gozaría, cualquiera que fuese su peso geopolítico, de derechos estrictamente iguales. Le siguieron los aliados, pero sus compatriotas le desaprobaron. ¿Cómo podría haberse evitado el fracaso de un sistema carente, a fin de cuentas, de un brazo secular?

El segundo pretendía ser más realista; el buen funcionamiento de las Naciones Unidas, que sustituirían a la difunta Sociedad de Naciones, esta-

ría garantizado por el Consejo de Seguridad, y más precisamente por lo que él llamaba los "cuatro *sheriffs*", o dicho de otra manera, las grandes potencias<sup>1</sup>, cuya supuesta bondad se ve confirmada por la atribución de una sede permanente y del derecho de veto.

Roosevelt descubrió América ante su hijo Eliot como "la única gran potencia capaz de mantener la paz en el mundo" conciliando "el punto de vista de los ingleses, cuyo pensamiento es el imperio, y de los rusos, cuyo pensamiento es el comunismo". La severidad con que en una ocasión condenó la *ingenuidad* de Wilson no le impidió caer en el mismo error. "Tengo la impresión de que todo cuanto desea Stalin", declaró un día al embajador Bullitt, "es garantizar la seguridad de su país. Pienso que si le doy todo lo que no puede darse, sin reclamar nada a cambio *noblesse oblige*<sup>2</sup>, no intentará anexionarse cosa alguna y trabajará para fundar un mundo de democracia y de paz".

La nobleza era, por supuesto, lo que menos preocupaba a Stalin. Hubiera necesitado mucha para garantizar un *status quo post bellum* del que Estados Unidos era, por todos los conceptos, el principal beneficiario. ¿Acaso no habría crecido su producto nacional en más de la mitad con respecto a 1940, mientras que Europa y Asia no eran más que un campo en ruinas? ¿Cómo habría podido considerar siquiera por un segundo la posibilidad de sostener amablemente la torre de la universal *pax americana*?

Y sin embargo, a esto debieron resignarse finalmente los dirigentes del imperio que durante tanto tiempo creyó asegurada, en nombre de un pretendido "sentido de la historia", la victoria final.

Durante la crisis del Golfo, como después en la Conferencia de Madrid, Gorbachov se comprometió como un verdadero auxiliar de Estados Unidos, cuyo sostén le resultaba indispensable tanto para el abastecimiento de su país como para mantener el poder que aún le quedaba.

Se trata, ciertamente, de un orden americano, como puso de manifiesto George Bush cuando declaró, en octubre de 1991, que "América debe dirigir de nuevo, como siempre lo ha hecho, como sólo ella puede hacerlo".

Razón de más para juzgar con reservas la definición que dio de las cuatro características del "nuevo orden internacional", el 23 de septiembre de 1991, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas.

—"Un orden en el que ningún país deberá ser obligado a ceder ni un ápice de su propia soberanía". ¿Qué ocurre entonces con el derecho de secesión reconocido a las repúblicas bálticas, y tal vez a otras? ¿Qué ocurre con el derecho o el deber de injerencia que el Consejo de Seguridad, influido por el drama kurdo, se ha visto obligado a reconocer en caso de violación demasiado patente de los derechos del hombre?

1/ Estos cuatro *sheriffs*, en el pensamiento de Roosevelt, debían ser Estados Unidos, la URSS, el Reino Unido y China. Seguramente fue por la insistencia de Churchill en Yalta por lo que Francia obtuvo también un puesto en el Consejo de Seguridad.

2/ En francés en el texto original.

—"Un orden caracterizado por el imperio de la ley, más que por el recurso a la fuerza". ¿Qué ocurre, pues, con las intervenciones unilaterales de Estados Unidos en Granada o en Panamá, por no hablar más que de las recientes?

—"La solución de los conflictos preferentemente mediante la cooperación y no por la anarquía y el derramamiento de sangre". ¿Quién ha hablado nunca de *soluciones* mediante la anarquía? Por lo demás, ¿quién no estaría de acuerdo con esta pretensión? Pero ¿quién la pondrá en práctica y cómo?

—"Una fe sin fallas en los derechos del hombre". Pero ¿qué es la fe sin las obras?, nos recuerda el Evangelio.

El vacío de este discurso no puede hacer olvidar que, por una vez, los actos, curiosamente, van más allá de las palabras. Prueba de ello es, con toda seguridad, la maestría con que James Baker consiguió entablar el diálogo en Madrid entre Israel y una delegación palestina comisionada por la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), pero también el hecho de que Washington haya volcado todo su peso en la solución de problemas tan diversos como los de Etiopía, El Salvador, Chipre y Camboya. George Bush no dudó en acudir a Kiev, la víspera del golpe de los nostálgicos, para desanimar públicamente a Ucrania de su retirada de la URSS, dejando entender a continuación con claridad que recusaba el nombramiento de cierto general al cargo de ministro de Defensa soviético, lo que su amigo Gorbachov, lejos de molestarse, tuvo en cuenta sin demora.

Sin embargo, quien mucho abarca poco aprieta. A la tendencia a la unificación del mundo bajo el cayado del *Tío Sam*, animada por el contagio del modelo cultural americano, se opone el renacimiento de todos los particularismos concebibles, nacionales, religiosos y étnicos, por no decir tribales, fomentando su atomización.

Por otra parte, nada prueba que el pueblo de Estados Unidos, por mucho que fuera su entusiasmo después de la guerra del Golfo, tenga tantos deseos de jugar, él solo, a la policía del planeta.

Esta razón y muchas otras deberían persuadir a los europeos para apartar de sí la tentación de dejar a la Casa Blanca hacerse cargo sola de sus destinos. Un orden mundial digno de este nombre supone como mínimo la creación de sólidas organizaciones regionales. Esto es, por cierto, lo que prevé la Carta de las Naciones Unidas y lo que ha sido llevado a la práctica desde hace tiempo tanto en el hemisferio occidental como en África. Todo debería llevar al conjunto de naciones europeas, sin por ello cuestionar los lazos más estrechos que existen entre los miembros de la CE, a dotarse de una estructura comparable, destinada a un tiempo a permitirles tener un peso específico en los asuntos del mundo y a solucionar sin interferencias exteriores aquellos que les son propios. En defecto de esto, más que de un nuevo orden internacional habría que hablar, para bien o para mal, de una hegemonía americana. Sin embargo, todos sabemos que las hegemonías engendran automáticamente las oposiciones que algún día las vencerán.

André Fontaine